

Monedas en la Historia: un recorrido por las salas del Museo

Paloma Otero Morán (paloma.otero@mecd.es)

Departamento de Numismática y Medallística. Museo Arqueológico Nacional

Resumen: La colección numismática del MAN, la más importante de España y una de las más destacadas de Europa por su volumen, variedad y calidad, ofrece al visitante del nuevo museo un doble recorrido. Por un lado, la exposición temática *La moneda, algo más que dinero* y, por otro, la posibilidad de ver las monedas y otras piezas numismáticas en su propio contexto, a lo largo del itinerario histórico, rodeadas del resto de objetos que formaron parte de su «vida» en su propia época. Pese al desafío museográfico que supone, ocupan así el lugar que les corresponde como parte de la cultura material y como instrumentos fundamentales para la reconstrucción –y la construcción– de la Historia.

Palabras clave: Numismática. Arqueología. Museología. Museografía. Monedas. Medallas. Discurso expositivo. Museo Arqueológico Nacional. Siglo XXI.

Abstract: The numismatic collection of the National Archaeological Museum, the most important in Spain and one of the best in Europe in terms of volume, variety and quality, offers a double journey to the visitor of the new museum. On the one hand the thematic exhibition *Coins, much more than money*, on the other hand, the chance to see coins and other numismatic items in their own environment in the historical itinerary, with other objects which accompanied them during their «lifetime». Although this choice is a museographic challenge, they occupy the right place as a part of material culture and essential tools for reconstructing –and building– History.

Key words: Numismatics. Archaeology. Museology. Museography. Coins. Medals. Exhibition storyline. National Archaeological Museum. 21th century.

El nuevo Museo Arqueológico Nacional ha supuesto, para sus colecciones numismáticas, una oportunidad radical de renovación de sus instalaciones, tanto en lo que se refiere a la arquitectura, disposición y conservación de los fondos en el nuevo Gabinete Numismático –descrito en el texto de Montserrat Cruz Mateos en otro lugar de este Boletín– como en su exhibición al público general.



Fig. 1. El módulo dedicado a las acuñaciones del Bajo Imperio («Crisis, riqueza y moneda»), en la sala 33.

Desde los primeros planteamientos de un nuevo programa museográfico y arquitectónico para el MAN, hace casi ya una década, se asumió la necesidad de corregir una situación que, no por haberse prolongado durante medio siglo, resultaba menos extraña a los ojos del visitante y del investigador: la ausencia de la importante colección numismática del Museo en la exposición permanente desde 1951. Esta anomalía, de la que el Departamento de Numismática y Medallística fue siempre consciente, fue subsanada desde finales de la década de los 80, en la medida de lo posible dadas las carencias espaciales y económicas, gracias a la sala *Tesoros del Gabinete Numismático*, al montaje de exposiciones temporales y a la integración paulatina en el recorrido general del Museo de vitrinas con monedas representativas de cada cultura, así como de vitrinas «invitadas» con temas o piezas numismáticas. Sin embargo, faltaba una auténtica integración de las colecciones en el discurso del Museo.

Apreciados desde el Renacimiento como una herramienta para el estudio de la Historia, los fondos numismáticos siempre se percibieron como una parte fundamental de las colecciones, primero de la Biblioteca Real/Nacional y luego del MAN, aunque sus singularidades –su peculiar formato, su gran volumen y lo avanzado de su conocimiento respecto a otras disciplinas históricas en el siglo XIX–, junto a la propia evolución de la Museografía, incidieron claramente en la forma de acceder a ellos, mostrarlos y publicarlos. Desde su creación a finales de 1711, el objetivo de la Real Librería Pública, o Real Biblioteca, origen de nuestra colección, fue proporcionar un medio para investigar la Historia. La Biblioteca se abrió muy poco después, en marzo de 1712, y el Monetario fue siempre accesible al público, aun teniendo en cuenta el sentido cambiante de este concepto desde el siglo XVIII hasta nuestros días.

En la actualidad, si bien el interés por llegar al público sigue siendo el mismo, evidentemente lo que ha cambiado de forma radical es el concepto de la propia exposición. Desde la instalación de 1826 –cuando la Biblioteca se traslada a la calle Arrieta y se abre su Museo de Medallas y Antigüedades–, momento en el cual contamos ya con una descripción de las salas, hasta el desmontaje de 1951, el criterio era mostrar una selección de las mejores monedas, o más relevantes, de cada período histórico, así como otras colecciones importantes (medallas, camafeos, entalles). Pese al cambio de institución e incluso de sedes, la imagen del Monetario, o «Salón de Numismática», debió modificarse muy poco, a juzgar por los grabados publicados en *La Ilustración Española y Americana* en 1872 y las guías de visita de Álvarez-Ossorio, Calvo y Del Rivero de 1910, 1912 y 1925. Los materiales no se mezclaban, de modo que las monedas ocupaban un área completamente independiente, perfectamente diferenciada del resto de objetos arqueológicos, artísticos o etnológicos. Como correspondía a la Museografía de la época, las piezas se exhibían por sí mismas, con tan sólo una identificación muy escueta, en gran cantidad y dispuestas siguiendo la misma ordenación cronológica-cultural que se utiliza para su colocación en los monetarios.

El «doble recorrido»

Al encarar el nuevo programa expositivo se tuvo muy en cuenta el recuerdo del espacio fundamental que ocupó el Salón de Numismática durante décadas, pero también las experiencias de los últimos años, concebidas como auténticos bancos de pruebas en espera de la oportunidad de una exhibición adecuada. Con este objetivo en mente, tanto las integraciones parciales en la antigua exposición permanente como las muestras temporales sirvieron para afirmarnos en la necesidad de la solución que hemos dado en llamar «el doble recorrido», así como para observar la respuesta del público ante las piezas numismáticas, su presentación visual, la información que las acompañaba y de qué modo podían aprovecharse las múltiples interpretaciones e «historias» que suscitan.



Fig. 2. Nomisma, la vitrina dedicada a las monedas de los griegos, en la sala 36. Se aprecia el soporte «doblado» de la pieza destacada.

De este modo, la nueva reordenación de la exposición del MAN optó por exhibir las colecciones numismáticas con dos criterios diferentes. Por un lado, el área *La moneda, algo más que dinero* –descrita en otro artículo de este Boletín por Paula Grañeda Miñón– recupera su espacio propio proponiendo un recorrido temático a través de la moneda y del dinero, como parte esencial del Patrimonio Cultural y como uno de los objetos arqueológicos que mayor información aportan al conocimiento de la Historia.

Por otro, monedas, medallas, sellos, camafeos y entalles se integran en el amplio itinerario cronológico que recorre la historia de España, así como en las áreas dedicadas a Egipto y Grecia, mostrando los sistemas monetarios e ilustrando aspectos concretos de cada época y cultura, junto al resto de los objetos que los acompañaron en su vida funcional.

La integración en el discurso cronológico y cultural

Por primera vez en su historia, pues, mientras la exposición monográfica de las colecciones numismáticas del MAN se plantea como un espacio temático con un discurso propio y transversal, la imprescindible ubicación del público en su trayectoria cronológica y cultural se consigue mediante la integración de las piezas numismáticas en el discurso general del Museo.

Formar parte de un museo generalista y hasta enciclopédico, como es el MAN, supone una inmensa riqueza a la hora de mostrar, explicar y difundir los fondos numismáticos. Ello hace posible que las monedas puedan contemplarse en su contexto, rodeadas por los mismos objetos junto a los que fueron utilizadas. Con todo, esta gran ventaja plantea también una serie de problemas que deben ser afrontados y solucionados por el diseño museográfico.

Precisamente por esta razón se reflexionó mucho sobre cuál era el mejor lugar para exponer las grandes piezas de la colección, las más conocidas, algunas de ellas únicas:



Fig. 3. Los tesoros de Castrojeriz y Palacio de la Galiana, en la sala 27.

¿la exposición monográfica, con una museografía más controlada para realzar objetos de pequeño formato, o el recorrido cultural, en su contexto histórico pero en «competencia» con objetos de mayor presencia visual? Afortunadamente, con cerca de 300 000 ejemplares, el volumen y la calidad de la colección permite derivar piezas representativas y de calidad en ambos circuitos. Finalmente, entendimos que el cuaternión de Augusto, los múltiplos hispano-cartagineses, la «gran dobla» de Pedro I de Castilla, el centén de Felipe IV y la matriz sigilar de Cuéllar –por citar las piezas más famosas– serían mejor comprendidas en el contexto de su tiempo, con toda su carga de significado, pese a los problemas de visibilidad que pudiéramos encontrar, que en cualquier caso podían afrontarse mediante recursos museográficos.

Proporcionalmente a su relevancia histórica y a la continuidad de su uso en el tiempo, la mayoría de las piezas integradas son monedas. Otros objetos de la colección –las medallas, sellos y piedras grabadas, etc.– se ubican en los períodos en que se crearon o utilizaron, especialmente en las salas de las edades Media y Moderna.

Como parte de la cultura material y como creación humana esencial en el devenir político, económico y social, era evidente que el dinero de cada época debía estar presente en los espacios correspondientes a cada cultura o período histórico. Sin embargo, no sólo se muestran los sistemas monetarios; en colaboración con los técnicos del resto de Departamentos y calibrando las necesidades del discurso y las posibilidades de la colección, las monedas se han utilizado para ilustrar aspectos sociales, bélicos, identitarios y económicos, aprovechando las capacidades de las monedas para narrar tanto la historia oficial como la peripecia cotidiana.



Fig. 4. Detalle de los tesoros de Castrojeriz y Palacio de la Galiana.

Esta estructura hace posible articular diferentes recorridos, desde el puramente cronológico –viajando por la moneda griega, romana y española, terminando con la creación de la extinta peseta en 1868–, hasta itinerarios temáticos, gracias a los diferentes «microtemas» que se integran en la narración histórica, y enriquece la experiencia de la visita general, pues las monedas, pese a su evolución a lo largo de 2500 años, son objetos fácilmente identificables y despiertan la curiosidad del público de todas las edades. A diferencia de otras piezas que pueden resultar más lejanas al espectador, las monedas establecen inmediatamente una conexión con las que lleva en su propio bolsillo. Por ello se ha cuidado especialmente el nivel de información que las acompaña en las vitrinas, tratando de que sea igualmente válida para el especialista como para el público general.

La moneda, documento oficial cuyo emisor es la máxima autoridad política, también ha servido para ubicar al visitante en la compleja trayectoria histórica de nuestro país, no siempre fácil de explicar con otras piezas pero cuyo conocimiento era imprescindible para poder seguir el hilo del discurso, asimilando las peculiaridades y consecuencias de la estructura política del territorio y de los hechos acaecidos en cada período. En estos casos, se ha procurado además aprovechar la ocasión para mostrar algunas de las piezas más relevantes de la colección, auténticos hitos históricos.

Citando algunos ejemplos: las dificultades para explicar la presencia cartaginesa y sus consecuencias, inicio de una nueva etapa para la Península, se soslayaron narrando la Segunda Guerra Púnica a través del dinero que utilizaron sus ejércitos en el choque bélico, dando la ocasión tanto de mostrar los impresionantes múltiples cartagineses acuñados en Iberia como la creación del sistema del denario romano, fundamental para la historia posterior de Hispania. En el otro extremo de la línea temporal, la Guerra de Sucesión que llevó al trono al primer Borbón, Felipe V, se ilustra a través de las medallas que los contendientes utilizaron en sus sistemas de propaganda.



Fig. 5. La vitrina dedicada a la Segunda Guerra Púnica, encabezando la sala 17.

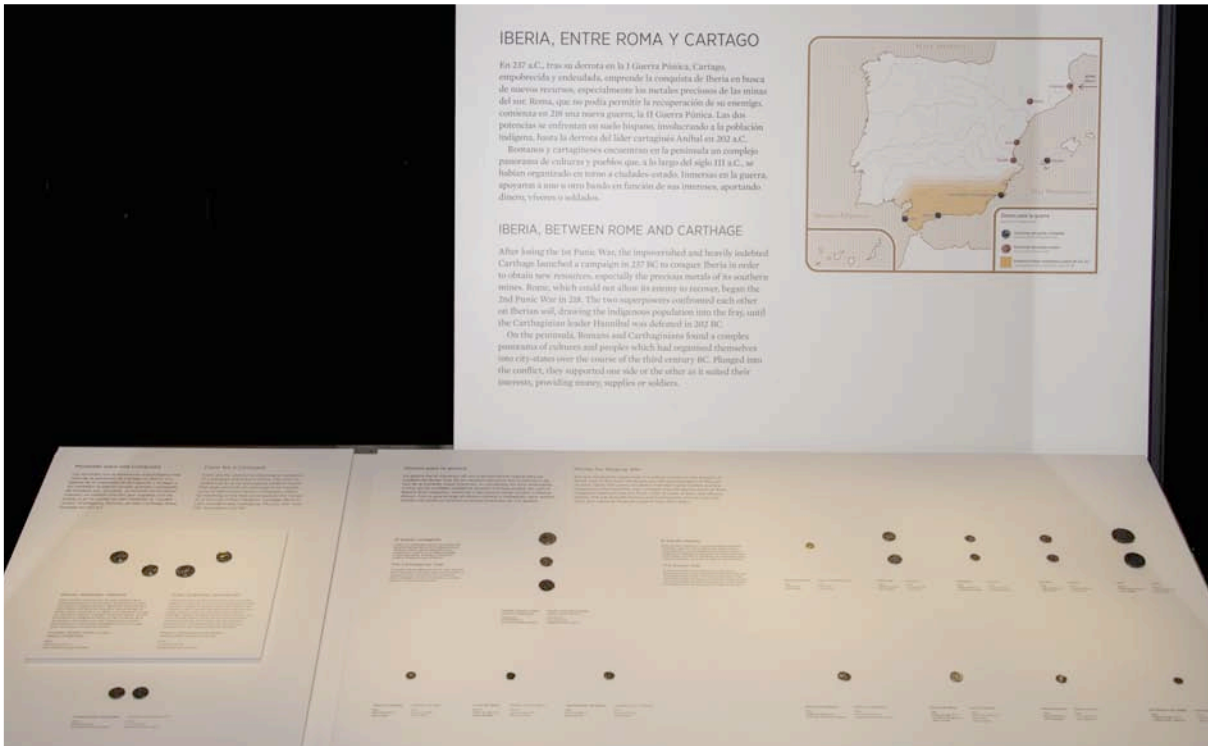


Fig. 6. Detalle de la vitrina de la Segunda Guerra Púnica («Iberia, entre Roma y Cartago»).

La construcción política y económica de los reinos cristianos se ilustra a través de sus principales monedas, desde el nacimiento del dinero de vellón en el siglo XI hasta la formación de las Coronas de Castilla y Aragón, cuya compleja articulación legal y territorial perdura en toda la Edad Moderna pese a la unificación de la autoridad política. Dineros, óbolos, maravedís, reales, doblas y florines ilustran las semejanzas y diferencias de cada reino, explotando la multiplicidad de lecturas de piezas tan destacadas como la gran dobla de Pedro el Cruel o el maravedí de Fernando II de León. Igualmente, la trayectoria de los territorios islámicos a partir de la descomposición del Califato de Córdoba, especialmente difícil de sintetizar para los siglos XII y XIII, puede seguirse gracias a las acuñaciones monetarias, incluyendo emisiones tan raras como las del Reino de Murcia o las doblas de Muhammad XII, conocido por los cristianos como Boabdil. Unas y otras contribuyen a apreciar la enorme complejidad de un período al que el visitante suele llegar con una idea preconcebida mucho más simple.

En el área dedicada a Egipto, el cuaternión de Augusto, que recuerda la conquista romana del Imperio Lágida, se integra en el área dedicada a la figura del faraón. Acompañado por las emisiones previas ptolemaicas y por las posteriores romano-imperiales, sirve tanto para remarcar, mediante una pieza destacada, la línea temporal, como para introducir una época, el período grecorromano, que a menudo queda disminuida frente al peso del Egipto faraónico. Desde la vitrina, los rostros de Ptolomeo I, Augusto y Cleopatra recuerdan al visitante que Egipto tiene también otra historia.

En cambio, para mostrar el centén de Felipe IV se concibió un módulo puramente temático, insistiendo en la enorme estratificación social que trasluce la acuñación y el uso de los diferentes valores monetarios. Expuesto junto a un cincuentín de plata, joyería, objetos

de lujo y los humildes maravedís resellados, resplandece como lo hacía el Imperio de los Austrias y su clase dirigente, frente a una vida cotidiana infinitamente más difícil para el común de los mortales.

Piezas pequeñas, grandes desafíos

La exposición de objetos de pequeño formato junto a piezas de mayor peso visual plantea una serie de problemas que debe afrontar el diseño museográfico, obligado a articular recursos que permitan tanto hacer atractivas a las piezas pequeñas, de modo que no pasen desapercibidas, como a facilitar su contemplación. En el caso de las medallas y, sobre todo, de las monedas, esto es particularmente importante, pues todos los elementos de su imagen han sido elegidos para transmitir un mensaje. Precisamente la dificultad de conseguir una buena visión de las monedas es uno de los motivos invocados habitualmente para exponerlas de manera independiente, pues facilita mucho el proceso de diseño y un mejor resultado final.

En ocasiones las monedas ocupan vitrinas completas, en otras, se integran con otras piezas en vitrinas de gran formato. Compartir espacio dentro de una misma vitrina duplica el desafío, si bien también puede utilizarse como un elemento de atracción. La naturaleza repetitiva de las monedas, producciones en serie aparentemente iguales, puede provocar cansancio en el espectador, o no ser percibidas a cierta distancia como piezas que merezca la pena ver. La integración de distintos objetos, de hecho, se ha usado en el área monográfica para conseguir vitrinas que «llamasen» al visitante hacia su contenido.

Con la experiencia adquirida en el montaje de *La moneda, algo más que dinero*, la disposición de las piezas numismáticas en el discurso general ha intentado replicar los



Fig. 7. La trayectoria política de al-Ándalus en los siglos XII-XIII, en la sala 23.



Fig. 8. Detalle de los pliegues y cartelas-bandeja en los soportes (sala 27).

sistemas allí utilizados y que habían demostrado su eficacia, y para cuya descripción detallada remitimos al artículo de Paula Grañeda: soportes modulados con planos inclinados y repisas, que permitieran disponer tanto monedas individuales en la mejor colocación para recibir la luz, como tesoros amontonados y objetos no planos, con sistemas de sujeción lo menos invasivos posible. Como en el área monográfica, en todo momento se ha buscado una disposición que resultara ágil y atractiva, tratando cada módulo de forma independiente según la idea a transmitir y el contenido a exponer, creando distintos planos mediante las cartelas que sirven de soporte directo a las piezas y sus textos –las llamadas «cartelas-bandeja»–, y mediante la propia colocación de las monedas. Para ello cada vitrina y cada módulo se diseñaron previamente en una fase de premontaje en la que se comprobó, a escala 1:1 y con las piezas reales, cuál era la disposición adecuada para el espacio disponible y la correcta comprensión del mensaje. La selección de las piezas fue muy medida y reducida a lo imprescindible, teniendo en cuenta tanto que el espacio disponible era limitado como que, pequeñas como son, debían resultar visibles en el conjunto de la vitrina.

Obviamente, en el área monográfica, concebida como un discurso independiente, el diseño gozó de una libertad que necesariamente debía perderse en buena parte al integrar las piezas en los discursos de cada período histórico, cada uno con sus propias necesidades, argumentación y línea estética. La presentación de las monedas debía acoplarse a los criterios de diseño de cada área y no desentonar, lo que impidió trasladar las alternancias de color y el aparato gráfico usados en la exposición monográfica. Sí se mantuvo la utilización del mismo tono claro de fondo para los soportes incluso cuando la norma de la sala era el fondo oscuro, puesto que éste era inadecuado para presentar las piezas de bronce. Con ello se conseguía, además, un juego de color que hace más atractiva la vitrina.



Fig. 9. Pliegue y anclaje especial para el cuaternión de Augusto (sala 33).

Las «piezas destacadas» planteaban un problema concreto: por su tamaño no suelen resaltar en el conjunto, mientras que el formato de cartela diseñado para estos objetos –mayor tamaño y cuerpo de letra– no siempre daba el resultado deseado. En *La moneda, algo más que dinero*, este problema se resolvió utilizando un color distinto que permitía ubicar rápidamente los objetos y facilitaba el recorrido por las piezas esenciales. Como no era posible trasladar esta solución, hubo que jugar con los volúmenes, resaltando la pieza con una cartela-bandeja, doblando el propio soporte o creando anclajes especiales. Éste último recurso se utilizó con el cuaternión de Augusto, con la gran dobla de Pedro I de Castilla y con la pieza de ocho áureos de Claudio II.

De estos tres casos, sin duda el mejor resultado es el de los ocho áureos de Claudio II, que partía de la situación más favorable: una vitrina independiente y de formato pequeño, una única pieza, y un foco de iluminación particular. Los otros dos nos dan pie a pasar al siguiente punto.

¿Y ahora?

Una exposición permanente no es una exposición fosilizada en el tiempo. Podemos considerar un éxito la integración de los significados y posibilidades de las piezas numismáticas en el discurso general, si bien los peligros antes mencionados han sido conjurados con distinta fortuna. Tanto unos como otros son susceptibles de ser modificados en un futuro, aunque es la visibilidad de las monedas y medallas la que consideramos para los primeros proyectos de mejora. La mayoría de los problemas vienen precisamente del tamaño de ciertas vitrinas y de la insuficiente intensidad de la iluminación.

Los tesoros han quedado muy bien integrados en general, al no perseguirse la mirada en detalle, mientras que las piezas individuales tienen más inconvenientes.

El principal es la iluminación en ciertas zonas y vitrinas. A diferencia de *La moneda, algo más que dinero*, en la mayoría de las salas del museo las vitrinas son estandarizadas y no siempre hay modelos específicos para objetos pequeños. La mayor parte son contenedores de gran tamaño con un sistema de iluminación interior que plantea grandes dificultades para suministrar y orientar la potencia de luz necesaria para ver con comodidad monedas y medallas. La intensidad de la iluminación general de salas tampoco ayuda a conseguir el nivel adecuado.

El caso de la gran dobla de Pedro I de Castilla es muy ilustrativo, al ser un ejemplo de cuidado minucioso en el montaje pero con un resultado imperfecto al fallar un eslabón de la cadena. Al estar situada en una vitrina de gran tamaño con un gran número de objetos, se procuró darle un lugar destacado, con un plinto exento, soporte especial y visión por ambas caras, pero no recibe la luz que debería. Pese a que en este caso la moneda es de gran tamaño, el resultado final es manifiestamente mejorable y requerirá la instalación de un sistema de iluminación dirigido a la pieza.

A pesar de estos problemas, que ya trabajamos para solucionar, la integración de las colecciones numismáticas en el discurso histórico de las salas del Museo ha sido un proceso complejo pero gratificante, en el que el trabajo en equipo ha jugado un papel fundamental para conseguir un encaje satisfactorio de las piezas, tanto a nivel conceptual como en el más plano más físico, a nivel de vitrina, devolviéndolas al lugar que les corresponde como parte de la cultura material y como instrumentos fundamentales para la reconstrucción –y la construcción– de la Historia. Sin embargo, será la experiencia del público recorriendo las salas y deteniéndose en estos objetos, tan pequeños pero elocuentes, la que proporcione el mejor indicador para calibrar el éxito del montaje y los proyectos para el futuro.



Fig. 10. La estatua orante de Pedro I de Castilla, al fondo, la Gran Dobra, acuñada por este monarca (sala 27).

Bibliografía

- ALFARO ASINS, C. (1992): «Departamento de Numismática y Medallística», en *Museo Arqueológico Nacional. Guía General*, II. Madrid: Dirección General de Bellas Artes y Archivos, pp. 161-188.
- (1993): «Las colecciones numismáticas del MAN». En Marcos Pous (coord.): *De Gabinete a Museo. Tres siglos de Historia. Museo Arqueológico Nacional*. Madrid: Dirección General de Bellas Artes y Archivos, pp. 147-158.
- (1994): «El Gabinete Numismático del MAN». *Sylloge nummorum graecorum. España. Museo Arqueológico Nacional, Madrid. Vol. I. Hispania. Ciudades fenopúnicas. Parte 1: Gadir y Ebusus*. Madrid: Museo Arqueológico Nacional, pp. 15-41.
- ALFARO ASINS, C.; MARCOS ALONSO, C., y OTERO MORÁN, P. (2003): «El Gabinete Numismático: 1711-1999». *Tesoros del Gabinete Numismático: las 100 mejores piezas del monetario del Museo Arqueológico Nacional (Museo Arqueológico Nacional, 1999)*. Edición de Carmen Marcos y Paloma Otero. Madrid: Secretaría General Técnica del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, pp. 15-49.
- ÁLVAREZ-OSSORIO Y FARFÁN DE LOS GODOS, F. de P. (1910): *Una visita al Museo Arqueológico Nacional*. Madrid.
- (1925): *Una visita al Museo Arqueológico Nacional*. Madrid.
- CALVO SÁNCHEZ, I., y RIVERO, C. M.^a del (1925): *Catálogo sumario del Museo Arqueológico Nacional: guía del Salón de Numismática. Catálogo-guía de las colecciones de monedas y medallas expuestas al público en el Museo Arqueológico Nacional*. Madrid: Imprenta Blass.
- GIL FARRÉS, O. (1952): «El Monetario del Museo Arqueológico Nacional». *Numario Hispánico*, I, pp. 272-275.
- NAVASCUÉS Y DE JUAN, J. M.^a de (1956): «El Gabinete Numismático del Museo Arqueológico Nacional (1951-1956)», *Numario Hispánico*, V, pp. 177-192.
- OTERO MORÁN, P., y GRAÑEDA MIÑÓN, P. (2013): «La moneda, algo más que dinero». En *Guía del Museo Arqueológico Nacional*. Madrid: Edición de la Secretaría General Técnica del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, pp. 130-138.
- RADA Y DELGADO, J. de D. de la (1876): *Noticia histórico-descriptiva del Museo Arqueológico Nacional publicada siendo director del mismo Antonio García Gutiérrez*. Madrid: Imprenta de T. Fortanet.
- VV. AA. (1917): *Guía histórica y descriptiva del Museo Arqueológico Nacional*. Madrid.
- VV. AA. (1940): *Guía de las instalaciones de 1940. Resumen de Arqueología Española*. Madrid.
- VV. AA. (1954): *Guía de los Museos de España. I. Museo Arqueológico Nacional*. Madrid: Dirección General de Bellas Artes.